

Vida Nueva /
nº 1036
26-VI-76

PEDRO ALTARES,

Director de "Cuadernos para el Diálogo"



"Sólo me interesa la política que puede transformar la realidad"

La trayectoria de Pedro Altares y de la revista "Cuadernos para el Diálogo" es un poco, también, la de algunos cristianos comprometidos en España. Vivieron —y esto lo digo muy sinceramente—, el Concilio "avant la lettre" y hoy están, más en el futuro —aunque tengan su sitio en la Iglesia de hoy—, que en las instituciones de la Iglesia actual.

Es sorprendente este madrileño que quería ser jesuita y que un día

le dijo a Joaquín Ruiz Giménez que contara con él cuando saliera Cuadernos. Es el mismo madrileño, periodista, y cristiano que escribe comentarios republicanos en Signo, y que tiene que enfrentarse con monseñor Morcillo porque cree que en política cada cristiano debe seguir su propio camino. Por eso un día se borró de las juventudes demócrata-cristianas y entró en el PSOE. "Cristianos para el socialismo", como los otros intentos de

confesionalizar la política, no le gusta. Las últimas intervenciones del Vaticano en las elecciones italianas le parecen inadmisibles. La Iglesia tiene que volver a la Iglesia de los primeros tiempos, en esto la influencia de Díez Alegria y del padre Llanos es notable.

—Nací en Carabaña, que es un pequeño pueblo de la provincia de Madrid, en donde, a mi entender, se dan todas las condiciones que a mí me gustaría transformar. Llegué a la política porque quería cambiar lo que vi en ese microcosmos de mi pueblo. Carabaña es un pueblo con un latifundio enorme; cuatro o cinco propietarios se reparten el 60 por ciento de las tierras y con un problema de minifundio muy considerable, en la propiedad del resto de la tierra. Ese 40 por ciento de mi pueblo está repartido en pequeñas parcelas, dispersadas por todo el término municipal, lo cual impide todo tipo de racionalización del trabajo. Se impone por eso la necesidad de aplicar una fórmula cooperativa y comunitaria que no ha llegado a fructificar en mi pueblo, como en otros pueblos, por razones políticas.

—¿En qué año naciste?

—Nací en el año de la guerra civil. Empecé a ser un niño jugando entre las trincheras que habían hecho en un cerro llamado de Santa Bárbara. Un cerro que hay a la entrada del pueblo y desde donde se dominaba la carretera. Mi padre fue guardia civil, recuerdo que algunos amigos no podían venir a mi casa porque tenían algún familiar en la cárcel, aunque también en mi familia hubo algunos en la otra parte.

—¿Fuiste simpatizante de Falange?

—Prácticamente no tuve ningún contacto con ella. El "hogar" de Falange o de "Auxilio Social", no recuerdo bien cómo se llamaba, era uno de los pocos locales en donde funcionaba un billar, pero yo era muy pequeño para esos juegos. Iba a la parroquia, mi familia era de derechas, pero no fue falangista. Mi madre murió cuando yo tenía unos meses y vivía con mi abuela que era una mujer de orden pero que no estaba entusiasmada con el Imperio. Fui monaguillo, y me moví en la esfera de A. C.

—¿No quisiste ser cura?

—Sí, fue algo que me duró casi hasta los diecisiete años, yo quería ser jesuita.

—¿Influenciado por el padre Llanos?

—Tuve una relación personal con el padre Llanos más tarde, cuando yo estudiaba Comercio: iba a construir casas al Pozo del Tío Raimundo, a través del SEU. El padre Llanos tenía por aquel entonces una especie de Colegio Mayor en el Pozo, y allí dábamos clases. Durante dos años fui todos los domingos a construir esas casas para obreros. Creo que tanto mi nacimiento en Carabaña como el contacto con el padre Llanos han acentuado el tono social de mi ideología. Sólo me interesa la política en tanto en cuanto puede transformar la realidad.

—¿Cómo conociste a Ruiz Giménez?

—Fue profesor mío de "Doctrina Social de la Iglesia" en la Escuela de Periodismo de la Iglesia. Yo tendría veinticuatro años cuando lo conocí.

"CUADERNOS" Y EL CONCILIO

—¿Cómo surgió tu participación en "Cuadernos"?

—No sé si esto lo he contado en alguna parte, pero en todo caso es divertido. Un día, en clase, Ruiz Giménez —debía ser en 1962— dijo que tenía proyectado hacer una revista que se iba a llamar "Cuadernos para el Diálogo", que sería una revista muy abierta, en la que se iban a plantear temas religiosos y sociales. Me acuerdo que cuando acabó la clase me acerqué a Ruiz Giménez y le dije que contara conmigo para su proyecto, si algún día concretaba la idea. Creo que él mismo se quedó sorprendido, porque era una de esas ideas que se dicen, pero que no sé hasta qué punto estaba madura.

Me dijo que le llamara dentro de tres meses, y puntualmente lo llamé. Ruiz Giménez se acordaba de su proyecto todavía, pero no de mí. Me dijo que la idea seguía adelante, que no me preocupara, que ya me tendría informado en el momento oportuno. Peces Barba un día me preparó un encuentro con Ruiz Giménez, y empezamos a tener una relación más personal. Una de las últimas entrevistas que concedió Juan XXIII fue a Ruiz Giménez —sería en 1963—, y cuando volvió Ruiz Giménez a Madrid vino con la idea de que la revista tenía que salir ese año.

Yo trabajaba como profesor mercantil en una empresa de exportación de válvulas, y hacía también segundo de Periodismo. En junio del 63 se consideró que había llegado el momento de poner en marcha "Cuadernos" de una manera definitiva, y con el sueldo de 5.000 pesetas empecé a trabajar en la revista. Yo era el único empleado; cobré el primer sueldo en julio y en octubre salió la revista. Estuvimos dos o tres meses sin local. Tenía que ir por el despacho de Ruiz Giménez y a casa de Gregorio Peces Barba, porque me dejaba uno de los despachos de su padre. En septiembre alquilamos un local en la calle Héroes del 10 de Agosto. Así es como empezó "Cuadernos".

—¿Qué impacto os produjo el Concilio?

—En cierta medida, "Cuadernos" fue un fruto del Concilio; estoy absolutamente convencido de que, sin el Concilio, "Cuadernos" no hubiera existido, porque Ruiz Giménez es una persona muy permeable a las corrientes eclesiales. Se sintió muy impresionado ante el espectáculo de apertura y "aggiornamento" que supuso el Concilio. En mi caso personal, el Concilio me produjo un efecto de autosatisfacción —aunque la frase no sea bonita—. Si soy sincero, debo reconocer que entonces formaba parte de los grupos de Iglesia que antes del Concilio defendíamos lo que el Concilio vino a respaldar. Cuando estaba en una situación muy difícil con la Iglesia, porque me sentía prácticamente fuera y casi un hereje, el Concilio vino a decir lo que había dicho yo. Fue como descubrir que no eras un bicho aparte, que tenías un sitio en la Iglesia, aunque no fuera cómodo...

Es significativo que en el primer número extraordinario que hizo "Cuadernos", que estuvo dedicado a Juan XXIII, había colaboraciones de un Tierno Galván que se declaraba ateo, de monseñor Santos Molina, que era un obispo protestante, y de Max Mazim, el presidente de la comunidad judía de Madrid. Esto era la primera vez que sucedía en una revista española.

—¿Cómo ha sido tu trayectoria política?

—Creo que ha sido coherente. Milité en la Democracia Cristiana de iz-

- **Nací en el año de la guerra civil...**
- **Mi padre era guardia civil, recuerdo que algunos amigos no podían venir a casa porque tenían algún familiar en la cárcel...**
- **Mi familia era de derechas, pero no fue falangista. Mi madre murió, cuando yo tenía unos meses... Mi abuela era una mujer de orden pero no estaba entusiasmada con el Imperio.**
- **Quise ser jesuita hasta los diecisiete años.**
- **Una de las últimas entrevistas que concedió Juan XXIII fue a Ruiz Giménez, y cuando éste volvió a Madrid venía con la idea de que Cuadernos tenía que salir en el 63.**
- **Cuadernos para el Diálogo fue un fruto del Concilio.**

quierdas. Un grupo de amigos intentamos hacer una democracia cristiana de izquierdas, pero vimos enseguida que eso no era posible, que la Democracia Cristiana estaba muy bien, pero que llegaba muy tarde, no sé si a España, pero sí por lo menos a nosotros. Lo primero que nos chocaba era el nombre, porque para nosotros estaba muy claro que no podíamos mezclar la política con nuestra fe.

Conocí a Felipe González en casa de don Manuel Giménez Hernández. El decía lo mismo: éramos contrarios a que en España hubiese un movimiento político que se llamase Democracia Cristiana. Traté de influir en las juventudes demócrata-cristianas, y creo que esto se vio muy claro en la asamblea de Los Molinos, pero nos fuimos dando cuenta de que era un esfuerzo inútil. Habíamos evolucionado hacia posturas socialistas y como, por otra parte, el socialismo, por suerte para los españoles, estaba ya inventado, el camino era muy fácil. Me negué a adjetivar al socialismo con un matiz humanista, de raíz cristiana; eso no tenía ningún sentido. En nuestro país había un movimiento socialista desde hacía cien años, que lo había hecho bastante bien en su defensa de los trabajadores, y pensé que lo que había que hacer cuando tienes una vocación socialista, fueras cristiano o mahometano, o no fueras nada religiosamente, era entrar en el PSOE, y eso es lo que, con más o menos celeridad, fuimos haciendo muchos.

IGLESIAS Y TEOLOGIAS

—¿Cómo fueron vuestros contactos con la jerarquía católica?

—Creo que fueron escasos, pero han existido. Desde los veinticinco años milité en FECUM. Llegué cuando "los Luises" estaban en trance de extinción, y creo que puse mi granito de arena para cargármelos. Luego fueron "las Congregaciones Marianas" y luego fue FECUM. Durante diez o doce años pertenezco a su junta de gobierno y los contactos con la jerarquía fueron inevitables. Siempre eran encontronazos. Recuerdo que un día me dijo Morcillo: "Pedro, lo que pasa es que con los gordos no hay modo de enfadarse, pero has estado más bien intolerante en lo que has dicho..." Iba a ver a los obispos para que tomaran postura frente a determinados atropellos de los derechos humanos, y para que se tomaran en serio la laicidad y, por lo tanto, dejaran a los movimientos apostólicos en paz, etc.

Además, mis primeras armas en el periodismo fueron en SIGNO, y allí fue también inevitable el enfrentamiento con la jerarquía, que finalmente se cargó SIGNO y todos los demás periódicos donde yo colaboraba, como "Juventud Obrera" y "La Voz del Trabajo".

En SIGNO llegábamos a enfrentamientos muy duros, a veces por motivos estrictamente políticos. Recuerdo,



por ejemplo, que ABC había publicado una portada sobre la Monarquía. Escribí, en SIGNO, un artículo con mi firma que se titulaba "Monárquicos sin Monarquía", en el que mi tesis venía a decir que si contra la Monarquía no tenía nada, contra los monárquicos lo tenía todo. Entonces, asombrosamente, el director de "ABC" saltó con eso de que le parecía intolerable que desde un periódico católico se hicieran comentarios contra la Monarquía. Morcillo me llamó la atención, pero monté en cólera y le envié una carta cuya copia debo de tener en alguna parte. Fue realmente una carta muy dura; le decía que si yo era antimonárquico y republicano que eso era un problema que a la Iglesia le traía sin cuidado, y que, por lo tanto, no tenía nada que opinar como obispo sobre ese tema. Luego, más tarde, he mantenido contactos con algunos obispos cuando nos hemos visto para la amnistía o las denuncias contra la tortura, pero han sido más cordiales, porque han cambiado algo.

—¿Qué opinas de la teología de la liberación?

—Al tener un cristianismo de praxis, este tipo de problemas teóricos sólo me han interesado a un nivel intelectual. Conoci a Camilo Torres aquí en Madrid; estuvo comiendo en casa. Me pareció un fenómeno apasionante, pero lo que decía Camilo trascendía por su propia personalidad, no porque fuera cura. Era un iluminado; lo veías al hablar con él, durante un cuarto de hora.

La teología de la liberación me cogió lejos, porque siempre me ha parecido una elucubración, yo primero descubrí la praxis y luego la teoría. Estos movimientos intelectuales de la Iglesia, a mi entender, llegaron demasiado tarde, cuando muchos amigos los vivíamos mucho antes en un plano existencial.

—¿Qué opinas de Cristianos por el Socialismo?

—Si te he dicho antes que la democracia cristiana no me gustaba, tampoco me gusta esto otro. Creo, sin embargo, que tienen derecho a seguir adelante, y que lo que están haciendo está bien, pero nunca me he sentido atraído por los movimientos confesionales. Cuando dejé las juventudes democrata-cristianas no he vuelto a acercarme nunca más a algo parecido, aunque sea de izquierdas, entre otras cosas porque trabajo con gente que no es cristiana. Mi entorno vital y profesional no es cristiano.

IGLESIA Y COMUNISMO

—¿Qué opinas de la campaña del Vaticano contra los comunistas en Italia?

—Me parece, como poco, inadmisiblemente la intervención del Papa en el voto de los católicos italianos. Creo que calcula mal, que no se puede hablar de promoción, de respeto de la conciencia, y luego olvidarse de ello en la práctica. Con absoluta sinceridad, creo que los católicos no están para oír los consejos del Papa en materia política, y creo que le va a pasar lo que le pasó con lo del divorcio.

—¿Puede reaccionar igual la jerarquía católica española en las próximas elecciones?

—Tengo la esperanza, no sé si un tanto ilusoria, de que la jerarquía se dé cuenta de que aquí en España no tenemos Vaticano; espero que la jerarquía tome nota de este hecho, porque, con absoluta sinceridad, creo que los motivos que mueven a la jerarquía italiana a meterse en estas elecciones no son motivos pastorales, sino motivos claramente políticos, provocados por el hecho de la inserción del Estado Vaticano en Italia. Espero que la jerarquía tenga un mínimo de sentido de la neutralidad. Si no, cometerán un error de cálculo grave, porque, bueno, yo tengo treinta y nueve años y ya no soy ningún niño, y me figuro

que a muchos católicos españoles pasará lo mismo. Creo que no está dispuestos a que se viole nuestra libertad de conciencia.

Insertar el tema religioso en lo político ahora, una parte del catolicismo español no lo aceptará. Y podría ser un boumerang, como en cierta medida va a ser en Italia.

—¿Crees que hay miedo al comunismo en los sectores confesionales españoles?

—No se trata de un miedo religioso; es el miedo político de cuarenta años de dictadura repitiendo que el comunismo es el coco. Pero creo que en toda Europa las cosas son distintas, y, en definitiva, España es también Europa, ¿no?

—¿Será utilizado ese miedo electoralmente?

—Es obvio que lo va a utilizar la derecha; pero si yo no tuviera otra ideología, a la hora de votar no tendría en cuenta para nada este miedo.

—¿Cómo ves la actuación de la Iglesia frente a temas como el aborto y el divorcio?

—Creo que la Iglesia se mueve muy lentamente; tengo la sensación de que estamos en un momento de impase, e incluso de retroceso. Creo que después de ese enorme acelerón que significó el Concilio, estamos en un momento de retroceso y de miedo. No se puede hacer nada con miedo. ¿Si uno cree en Cristo y en la Iglesia puede tener miedo? ¿Pero miedo de qué? Me da la sensación de que estos últimos años del Pontificado de Pablo VI están dominados por el miedo, miedo a la calle, a la realidad, a los hombres...

En estos momentos no hay una ofensiva de la Iglesia en nada; simplemente volvemos a una postura de defensa. Comprendo que algunos problemas despierten resquemores, pero que se estudien con seriedad: la Iglesia tendría que ser una Iglesia culta y está volviendo a ser otra vez una Iglesia analfabeta. Por ejemplo, comprendo todos los problemas de índole moral que puede plantearse la Iglesia frente al tema del aborto y del divorcio; es lógico que surjan estos problemas, pero creo que no nos podemos permitir el lujo de reaccionar de una manera acientífica, por miedo. Si esto sigue así, ahí es donde creo que la Iglesia va a ser absolutamente atropellada por el ritmo de la historia.

Pero si se produce este atropello me parecerá muy bien, porque creo que la única posibilidad que tiene la Iglesia de cara al futuro es volver a la Iglesia de los primeros tiempos —ahí me sale un poco la influencia de Diez Alegria y del padre Llanos—, volver a una Iglesia en la que los cristianos recuperemos nuestra identidad, mediante pequeñas comunidades. Una institución como la Iglesia actual, que tiene miedo del avance de la historia, es un error incalculable.

JUAN J. MORALES

(Fotos: Manolo López Rodríguez.)